

dormir ; pero cuando se acerquen á la sagrada comunión, que desaten su cintura y se quiten esta capa, contentándose solamente con una capilla.

Estaba tambien mandado por la misma regla el dividir á todos los solitarios en veinte y cuatro letras griegas, y dar á cada grupo el nombre de una de estas letras comenzando desde la *alfa* hasta la *omega*, á fin de que cuando en una gran muchedumbre se preguntase al superior sobre el temperamento de alguno de estos solitarios, se pudiese facilmente conocer por su respuesta cuál era, puesto que el caracter de cada uno estaba designado por la letra bajo la cual estaba colocado. Por ejemplo, marcábase á los más sencillos con la *iota* y por la *zeta* á los que eran más pesados y más difíciles de tratar.

De este modo se acomodaba cada letra á las perfecciones y defectos de cada religioso, sin que nadie pudiese comprender en esto cosa alguna sino es los que tenían conocimiento de lo que esto significaba. Esto veremos más detallado en el capítulo de la disciplina de Tabennes.

Dícese tambien que estaba marcado en la misma tabla que si viniese de otro monasterio algun religioso que no tuviese el mismo hábito que ellos, no comiese en comunidad con los demás, sino solamente con aquellos hermanos que habían de salir fuera. Que el que una vez hubiese entrado en el monasterio no pudiese ya salir de él y que, durante los tres primeros años, no se ocupase en el estudio de la sagrada Escritura, sino solamente en trabajar con simplicidad en la forma que le fuere ordenada ; y que, despues de este tiempo entraría en la carrera de los combates espirituales. Que se bajarían la capilla mientras comiesen, á fin de no verse los unos á los otros. Que observarían el silencio durante la refección y no apartarían los ojos de encima la mesa.

El ángel dijo tambien á Pacomio que se harían doce

oraciones durante el dia, tantas por la mañana y tantas por la noche. A lo cual respondiendo el Santo que esto era muy poco, replicó el ángel : « Yo no os ordeno más que esto á fin de que los débiles puedan observarlo sin pena ; pero, en cuanto á los perfectos, no tienen ellos necesidad de esta regla porque, estando retirados en su celda y con una gran pureza de corazón, se alimentan de la contemplación de Dios y oran ante él continuamente. »

Pacomio tenía demasiada confianza en su padre espiritual, San Palemon, para ocultarle esta revelación. Así que no faltó á su vez de darle cuenta de ella, y le rogó que fuese con él al lugar en el que Dios le había manifestado su voluntad. Trasladáronse, pues, juntos á Tabennes y despues de haber construido allí una pequeña vivienda, díjole Palemon : « Puesto que no puedo dudar que Dios quiere que moreis aquí, prometamos no separarnos jamás mientras vivamos, y consolarnos con visitas que recíprocamente nos haremos. » Pacomio accedió gustoso á todo, y fueron fieles en ejecutarlo hasta la muerte del santo viejo.

Volvió en seguida este á su morada ordinaria y empezó á sentir grandes incomodidades por un vivo dolor del bazo causado por sus excesivas austeridades ; porque era tan mortificado que frecuentemente comía sin beber ; y todo su cuerpo se resentía de una tan ruda penitencia sin que pusiera en ello lenitivo alguno. Algunos solitarios que fueron á verle, encontrándole abatido por el mal, le instaron mucho á que no acabase de arruinar su salud continuando su abstinencia, y que permitiese que se tomase cuidado de él. Rindióse por algun tiempo á su demanda, más bien por un espíritu de caridad que para prolongar su vida ; pero, viendo que esto no impedía los progresos del mal, volvió á su primera costumbre, dando por razon que si los mártires habían sufrido con valor grandes tormentos hasta la muerte, él no debía ceder por dolores menores que los suyos ni te-

mer enfermedades pasajeras para vivir algun tiempo más. A causa de esta resolucion perseveró fielmente en su penitencia durante el poco tiempo que todavía vivió, durante el cual Pacomio estuvo siempre á su lado, sirvióle con el más tierno afecto y cumplió para con él despues de su muerte los deberes de la sepultura.

Habiendo vuelto á Tabennes, Dios le consoló de la pérdida que había tenido, con la llegada de Juan su hermano primogénito, que fué á juntarse con él, á causa de lo que había oido decir de la vida perfecta que hacía. El gozo fué igual de una y otra parte, pues Pacomio no había visto á ninguno de sus parientes desde su bautismo y trabajaron de comun concierto en su perfeccion. Su ejercicio consistía en meditar de dia y de noche los mandamientos de Dios á fin de conformar con ellos sus costumbres. Distribuian diariamente entre los pobres lo que les quedaba del producto de su trabajo, sin estar solícitos el dia de mañana. No llevaban sino hábitos de tela que solo cambiaban para lavarlos. Pacomio muy frecuentemente se cubría por dentro con un cilicio á fin de mejor domar su cuerpo.

El espíritu de mortificacion le llevaba tambien á no saciarse jamás, ni siquiera de pan; y lo que es incomparablemente más austero, no se acostaba cuando quería dormir sino que se sentaba en medio de su celda sin apoyarse en ningun punto, lo cual practicó por espacio de quince años. Un año llegó á estar cuarenta dias sin dormir y pidió á Dios que pudiese prescindir del todo del sueño, á fin de estar mejor en estado de combatir contra los enemigos invisibles de su salvacion. Su historia no dice si Dios oyó esta peticion, que le había dictado su amor á la penitencia.

Sin embargo Pacomio, acordándose de la promesa que Dios le habia hecho de enviarle solitarios á aquel lugar, pensó de veras en ensanchar su monasterio. Su hermano,

que prefería la vida pacífica de los anacoretas, y que ignoraba verosímilmente la revelacion que había tenido, no gustaba de su designio, y hasta una vez se lo reprendió algun tanto ágriamente, como una empresa ó inútil ó presuntuosa.

Pacomio lo sintió, viendo que se oponía á una obra que emanaba de Dios; pero como estaba acostumbrado á moderar las menores emociones que se levantaban en su corazon, sufrió en silencio este reproche. Tuvo sin embargo escrúpulo de su sensibilidad, aun cuando esta no apareció al exterior; y la noche siguiente, habiendo bajado á la parte más baja del edificio se prosternó allí con el rostro pegado en tierra, humillóse profundamente delante de Dios, y le suplicó con muchos suspiros, y lágrimas que le fortaleciese contras sus pasiones.

« Ya veo, decía, Señor, que la prudencia de la carne domina todavia en mí. Ya veo que todavia estoy sujeto á su ley. ¡ Desdichado de mi que todavia no he aprendido á reprimir la cólera desde el tiempo que vivo en el desierto! ¿ Qué importa que se trate de una obra buena si esto no me escusa? ¡ Tened piedad de mi, Dios mio! No permitais que sucumba á la tentacion del demonio; porque si vuestra gracia no me sostiene contra él, pronto me reducirá bajo su tirania... ¿ Cómo me atreveré á pretender instruir á los otros, yo que todavia no he aprendido á vencerme? »

Tal era la confusion de Pacomio por un movimiento interior de impaciencia, que habia procurado reprimir. Tal era el cuidado en guardar su corazon. Pasó toda la noche humillándose así delante de Dios. Su pesar fué tan vivo que, juntándose á sus lágrimas el sudor causado por el excesivo calor del lugar, el suelo sobre el cual había orado apareció al día siguiente tan mojado como si hubiesen echado agua sobre él. Continuó despues viviendo con su hermano con una dulzura, humildad y condescendencia admirable, sin

desmentir jamás á ella hasta que la muerte lo arrebató.

Entonces prosiguió su edificio con mayor libertad; pero no le faltaron obstáculos por parte de los demonios, los cuales no cesaron de tenderle lazos, y renovaron contra él la guerra sangrienta que tan cruelmente habian declarado al gran Antonio. Permitiólo Dios así no solamente para probar su fe sino para que la experiencia de la tentacion le hiciese más á proposito para enseñar á los otros cómo convenia combatir.

Tan pronto los espíritus malignos procuraban espantarle con fantasmas horribles, como hacian delante de él mil gestos ridiculos para inducirle á risa. Otras veces, para tentarle de vanidad, le aguardaban en gran número cuando volvia de la oracion y alineándose en torno suyo, á la manera de satélites que acompañan á un príncipe, se decian unos á otros: « Abrid paso, abrid paso al hombre de Dios. » Una noche dieron á su celda una sacudida tan violenta que parecia que iba á derrumbarse y aplastarle bajo sus ruinas. Asi que le atacaban de diferentes maneras para hacerle caer en alguna falta, ó al menos para turbar su paz; pero Pacomio, poniendo toda su confianza en Dios y dirigiéndole continuamente sus súplicas, permanecia intrépido á pesar de sus ataques, y más bien gemia por su malicia, que hacia caso de sus esfuerzos.

Su constancia les enfureció más y, no habiéndoles salido bien sus primeros asaltos, descargaron su rabia sobre su cuerpo con repetidos golpes que le causaron grandes dolores, lo cual hicieron muchas veces y durante noches enteras. El combate no podía ser más rudo; pero Dios, que le fortalecia interiormente con su gracia, le consoló tambien por defuera con la visita de un buen religioso llamado Hieracapollon ó Apollon, segun la version de Denis el Pequeño, cuya conversacion redobló su valor. Este piadoso solitario iba despues á verle con frecuencia y murió final-

mente en sus brazos en una visita que le hizo.

La fe de Pacomio recibió creces con las victorias que obtuvo sobre el espíritu de las tinieblas; y aun cuando entonces no habia adquirido todavia, segun relacion de su historiador, un perfecto conocimiento, tal como lo tuvo más tarde, de las cosas espirituales, no dejó de hacer muchos milagros, como andar entre las serpientes y escorpiones sin que le picasen, y obligar á los cocodrilos por su solo mandato á llevarle sobre su espalda cuando queria pasar el Nilo. Dios, que tomaba un cuidado particular de su siervo, concedia estas maravillas á la pureza de su corazon y á la simplicidad de su confianza filial.

Llegado el tiempo señalado en los designios de la Providencia para el establecimiento de su órden, el Señor se lo dió á conocer por medio de un espíritu celestial que se le apareció en una isla del Nilo, próxima á Tabennes, á donde habia ido con otros solitarios de los contornos para cortar las plantas de que hacian las esteras. Habiéndose Pacomio retirado aparte á fin de hacer oracion, pedia á Dios que le concediese la gracia de conocer su voluntad y ejecutarla. El ángel se dejó ver de él y le dijo estas pocas palabras: « La voluntad del Señor es que ayudeis á los hombres á reconciliarse con él, despues de lo cual desapareció.

No pudiendo, pues, dudar más de la órden de Dios que le era significada por tercera vez, esto es, en la vision que tuvo al principio despues de su bautismo, en la otra en que un angel le presentó la tabla de bronce y en esta, comenzó á recibir á los que se presentaban para abrazar la vida religiosa, y despues de haberse asegurado del consentimiento de sus padres y haberles probado suficientemente, les vestía el hábito monástico.

Mientras fueron en pequeño número, encargóse del cuidado de todo el monasterio, á fin de que, libres de toda solitud, echasen un buen fundamento en el recogimiento y

vida interior. Preparaba todo lo que era necesario para el refectorio: sembraba y cultivaba las yerbas del jardín; respondía á los que llamaban á la puerta del monasterio; asistía á los enfermos de noche y de día; y se hacia el servidor de todos, no dejándoles sino el dulce consuelo de vacar á los ejercicios espirituales.

De esta manera les formaba principalmente con sus instrucciones y con su ejemplo, á fin de que antes que se presentasen otros y se viese obligado á tomar de entre ellos ayudantes para los diferentes empleos del monasterio, hubiesen tenido tiempo bastante para estudiar en su conducta lo que ellos habian de observar cuando fuese necesario juntar la vida activa á la de recogimiento.

Sus nuevos discípulos no podian admirar bastante tantas virtudes como en él descubrían, y sobre todo, tanta caridad, humildad, mortificacion y recogimiento como conservaba en medio de una accion casi continua. « Ved, decian ellos entre si, cuán grande es la bondad de Dios. Tenemos delante de nuestros ojos á un hombre nacido en el seno de la idolatria, y que, no obstante, se ha elevado por su fervor á una muy alta perfeccion. ¿ Porqué, pues, no nos esforzaremos nosotros en llegar á ella siguiendo sus huellas, como él sigue fielmente las de los santos que le han precedido? »

Esta consideracion les inspiraba un fervor tal que se excitaban mutuamente á perseverar bajo su conducta, y con el ansia que tenían de imitarle, ó á lo menos de aliviarle en sus fatigas, fueron á instarle que les permitiese dividir con él las penas de sus trabajos. Pero Pacomio les dijo que se consideraba como un animal destinado á dar vueltas á la rueda, para el cual no habia que tener compasion alguna; que cuando fuese tiempo de ello ya descargaría sobre los otros una parte del cuidado que tenia, segun que

Dios les pusiese en estado de hacerlo.

Sin embargo, dice el historiador de su vida, les prescribió reglas muy propias para hacerles adelantar en la perfeccion religiosa, sobre todo con relacion á la sencillez de los vestidos, á la templanza en el comer y beber y á la decencia y modestia de acostarse; lo que hace ver que además de la regla que habia recibido del Angel, añadió muchas constituciones más detalladas para la disciplina de su órden; y quizás su historiador quiso con esto designar lo que nosotros comunmente llamamos la regla de San Pacomio traducida por San Jerónimo, y de la cual trataremos ampliamente hablando de los usos que se observaban en sus monasterios.

Pero desde estos primeros tiempos su caridad no se limitó á sus discípulos sino que se extendió tambien á las gentes de los contornos, donde habiéndose apercebido que muchos pastores, completamente olvidados del cuidado de sus rebaños, se veian privados de la dicha de oír la palabra de Dios y tener parte en los sacramentos, habló de ello con Serapion, obispo de Tentiro y, de acuerdo con él, procuró que se edificase una iglesia en la que se reunian aquellas pobres gentes el sábado y domingo.

Eucargóse de ir allá estos dias con algunos de sus religiosos para instruirlos, aguardando á que la nueva iglesia se proveyese de un sacerdote; y despues continuó ejercitando la misma caridad cuando el sacerdote que allí habia se veia obligado á ausentarse. Hablaba allí con tanta discrecion que los más limitados comprendian y estaban vivamente conmovidos de lo que les decia; porque no solamente sus palabras eran palabras de vida, sino que su zelo y piedad aparecian en su rostro y en sus acciones; de suerte que en su exterior todo respiraba la santidad y el fervor de su alma; lo cual hizo que muchos idólatras que le oyeron abrazasen la fe cristiana.